

HUMANIDADES

UN PROGRAMA DE ESTUDIOS FILOLÓGICOS

EN LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN DE LA PLATA (*)

A punto de entrar en prensa el número de esta importante revista, el doctor Ricardo Levene solicita de mí unas páginas que condensen mi pensamiento acerca de la disciplina que voy a tener el honor de profesar en la Facultad de Humanidades. Cumpló el gentil mandato del señor decano, y, a toda prisa, en medio de las abrumadoras tareas que cercan siempre al recién llegado, redacto unas páginas que, si nada nuevo pueden enseñar a los lectores de *Humanidades*, valdrán, en todo caso, como

(*) Con motivo de la inauguración del curso público sobre « Introducción a la historia de nuestra lengua », a cargo del doctor Américo Castro, el decano, doctor Levene, leyó el siguiente discurso de presentación :

« Esta cátedra de cultura general, que ha sido ocupada de tres años acá por eminentes maestros extranjeros y argentinos, será desempeñada desde hoy por Américo Castro, profesor de la Universidad de Madrid, que desarrollará un curso de introducción a la historia de nuestra lengua. Su labor cultural contribuirá a prestigiar esta cátedra libre, destinada a todos los alumnos de la Universidad, cualquiera sea la profesión que hayan abrazado, y al público en general, porque estimamos en todo su valor la acción irradiante de la enseñanza superior de las humanidades, e insistimos en la realización de un plan de cultura para difundir los principios fundamentales de la Filosofía, de la Historia, del Arte, que dilatan la visión de la vida y de la naturaleza, por encima de toda particular especialización.

« No me corresponde hablar de la ciencia que cultiva Américo Castro. La escuela de Menéndez Pidal y sus discípulos viene descubriendo en la Filología castellana los tesoros más preciados y originales de nuestro común idioma hispanoamericano.

« Sirve así, generosamente, a todos los estudiosos de América que utili-

un saludo respetuoso a esta ilustre Facultad, y como muestra del buen deseo que anima a quien viene de España dispuesto a vivir plenamente la vida universitaria de este admirable país.

¿Qué finalidad debe perseguir una Facultad universitaria al ofrecer a los estudiantes una enseñanza de filología? Y, más concretamente, ¿qué nos proponemos con el estudio científico de la lengua patria?

El concepto tradicional, aún dominante, incluso en universidades llamadas progresivas, es que la filología sólo abarca el estudio de las lenguas llamadas sabias o clásicas. La enseñanza universitaria se justifica como una disciplina que tiende a vencer las dificultades materiales que presenta el conocimiento

zamos este maravilloso instrumento ideal, traído por los conquistadores; tan caudaloso y flexible que de él se sirvieron los revolucionarios de 1810, leyendo los libros de teólogos, juristas e historiadores hispánicos que disertaban sobre el moderno derecho político o los de pensadores extranjeros, como Adam Smith, Raynal o Rousseau, traducidos al castellano; tan rico y entrañable, que esconde el calor y germen de nuestras primeras inquietudes reveladoras de la psicología colectiva de la primitiva mentalidad de la madre patria y de la América colonial.

« Tales problemas han sido puestos al día por el núcleo de investigadores de que es eximio representante Américo Castro, maestro en el sentido más amplio y noble de la expresión, que ha hecho de la disciplina que cultiva la total consagración de sus energías y de la enseñanza, su única carrera. Pertenece a la generación de pensadores españoles que desde la Junta de ampliación de estudios han luchado contra los pragmáticos docentes y contra la Universidad exclusivamente profesional como fábrica expedidora de diplomas, y están construyendo la nueva Universidad, que tiene por culto la investigación científica pura, absolutamente pura y desinteresada.

« A los que pretenden que la inteligencia sólo debe ocuparse de investigaciones susceptibles de utilidad práctica inmediata, oponemos el principio de la investigación y de la ciencia pura. De las especulaciones de los geómetras griegos sobre las secciones cónicas resultó la subsiguiente renovación de la astronomía y, mucho después, del arte de la navegación; y un filósofo pudo proclamar, con razón, que « el marinero, al que una exacta « observación de la longitud preserva del naufragio, debe la vida a una « teoría concebida hace dos mil años por hombres de genio que se ocuparon « en simples especulaciones geométricas ».

« En nombre de la Facultad que profesa sus mismos ideales, saludo al eminente y joven maestro Américo Castro, y le invito a ocupar la cátedra. »

inmediato de aquellas lenguas extrañas y difíciles, y rara vez permite la cultura a que llega el alumno rebasar ese grado elemental del mero dominio del instrumento lingüístico. Tal estado de cosas procede a menudo de una deficiente organización de los estudios secundarios (tal es el caso de España y de los países hispanoamericanos), originada a su vez por la falta de un fuerte movimiento científico sobre esas materias en los altos centros de cultura, universitarios u otros.

Tratándose, empero, de la lengua materna, el caso es muy distinto. Ahí, el alumno no ha de aprender a hablar ni a traducir ninguna lengua peregrina. Por esta causa ha vacilado mucho el concepto de lo que haya de ser la enseñanza del propio idioma desde que se consideró necesario incorporar aquélla a las restantes disciplinas académicas. Durante buena parte del siglo XIX hubo dos fuertes barreras que se opusieron al progreso de la enseñanza filológica : la gramática tradicional y la retórica.

La gramática venía siendo una hijuela de la gramática latina. Como se aprendía mejor el latín conociendo ciertas reglas de morfología y sintaxis, se formó el concepto de la gramática como arte de hablar y escribir correctamente una lengua, que, con el tradicionalismo habitual en ella, repite aún la Real Academia española, para daño de la ciencia lingüística y de las jóvenes inteligencias que han de padecer sus atrasados libros. Tal noción fué desterrada hace muchísimos años de los tratados de gramática (ver, por ejemplo, Sweet, *A new english Grammar*, 1894), por ser imposible aplicarla al propio idioma, que se habla y escribe correctamente mediante la imitación de las obras de quienes mejor hablan y escriben en el país, y no a causa de saber las conjugaciones de los verbos o la definición de las partes de la oración. Ninguna literatura conoce el caso de que un gran escritor (que son los que fijan las lenguas : Dante, Alfonso el Sabio, Shakespeare, Cervantes) haya sido sabio en las reglas o leyes a que obedece en el acto supremo de moldear el idioma. En planos más modestos, ni el orador actual, ni el poeta, ni el dramaturgo, cuya manera de hablar es para el común de los mortales norte y guía, obedece a ningún código intelectual al producirse ante el público.

Gemelo del anterior ha sido el error de que, como la gramá-

tica enseñaba a hablar bien, las reglas de la retórica servían para formar buenos escritores. Estas dos pantallas, que el siglo XVIII fortaleció con su apriorismo racionalista, han impedido y siguen impidiendo, en algunos casos, que la lengua sea observada directa y científicamente, y que la literatura ejerza el supremo y admirable magisterio de formar los espíritus juveniles en la contemplación de la belleza y en la observación de los máximos momentos de la inteligencia humana. La manera de hablar y escribir será siempre un resultado de la familiaridad que tengamos con los espíritus mejores de nuestro tiempo y de los siglos anteriores.

Así, pues, desde larga fecha, en los centros de alta cultura, como son las facultades universitarias, se dejó a un lado la preocupación por la didáctica del lenguaje, y se atendió a la investigación científica del mismo.

El progreso realizado por los estudios lingüísticos viene esencialmente de la aplicación del método histórico. Nuestra lengua es resultado de una evolución multiseccular, que nos da la razón de ser de los fenómenos que hoy observamos. Es inútil que analicemos estáticamente tal o cual forma gramatical o un giro de sintaxis, pretendiendo sacar una explicación de su estado actual. No obedece a ninguna causa fatal que *fuera, fuese o sería* desempeñen unas funciones determinadas en la frase; la historia nos revela que desde la época latina los antecedentes morfológicos de esas formas del verbo han ido adaptándose a la expresión de ciertas ideas sobre el tiempo verbal, que no han sido siempre las mismas, ni han pertenecido al mismo modo. El estado actual de una lengua no es sino un momento de su evolución indefinida, que dura en función de la cultura del grupo humano que la habla. Si esa cultura se atenúa, la lengua emprende de nuevo su marcha acelerada, y cada idioma se convierte en el punto de arranque de una infinita variedad de dialectos. La fijeza y uniformidad de la lengua de un país — dentro de ciertos límites amplios — será, por tanto, un índice de su mayor cultura.

Esa acción de la vida espiritual sobre la lengua no es, en modo alguno, un elemento superpuesto, que en ocasiones dadas actúe y en otras no. La labor del historiador consistirá en ir descubriendo cómo, a la menor presión de las fuerzas sociales —

siempre actuantes, sin embargo, — se desmorona un conjunto lingüístico; y cómo la formación de una conciencia colectiva, expresada en arte o en ideales políticos, realiza la maravilla de fundir en una manera de hablar múltiples e incoherentes.

Éste será, a grandes rasgos, nuestro programa durante el curso actual. Contemplaremos los dialectos hispánicos, las razones históricas que les hicieron nacer, y asistiremos luego a la marcha ascendente del castellano hasta convertirse en una lengua de importancia mundial.

Con más reposo, trataremos en otra ocasión de algún punto concreto de nuestro programa.

AMÉRICO CASTRO.